

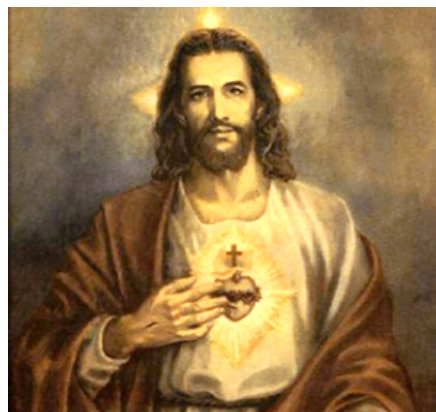


Día 07 - El culto privado al Sagrado Corazón de Jesús

[Audio [Youtube](#)] [Audio [SoundCloud](#)]

(Según el libro de Jean Croiset, *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús*, Parte III, cap 4 - 8)

El culto al Sagrado Corazón de Jesús es ante todo personal, ya que ha venido a “reinar sobre los corazones”, y el corazón es algo propio de cada uno. El culto es de adoración, de consagración y de imitación.



Culto de adoración

El culto de adoración se da especialmente en la Santa Misa, en la Comunión, en las visitas al Santísimo y en la oración.

En la Santa Misa

No hay nada sobre la Tierra que dé más gloria a Dios que el Santo Sacrificio de la Misa. No hay ninguna otra acción en el mundo que se deba realizar con mayor respeto, atención y devoción. En este misterio, todo es grandioso. El poder que Dios muestra en la Misa es infinito, un amor sin límites, una paciencia extrema.

«En la Eucaristía se vuelve a hacer presente, real y verdaderamente, el sacrificio de la Cruz, el sacrificio real e incruento de la misma víctima inmolada en el Calvario, que se ofrece a sí mismo al Padre como holocausto en expiación por nuestros pecados. Y como Él paga el precio de su Sangre derramada por nosotros en la Cruz, debemos asistir a la Santa Misa con los mismos sentimientos que si hubiéramos sido testigos de la muerte de nuestro Salvador en el Calvario. O mejor: debemos intentar entrar en los sentimientos que anidaban en nuestra querida Madre y el discípulo amado».

El recogimiento, el silencio, una actitud humilde y un respeto profundo son disposiciones necesarias. Pero tienen que estar sostenidas por una fe viva: recordar que estamos asistiendo a un sacrificio del que Jesucristo es la víctima, y es por nosotros por quienes se ofrece ese sacrificio.

En la Comunión

La Sagrada Eucaristía es el mayor sacramento y el más sagrado y, por su valor, este sacramento exige mayor cuidado al recibirlo que todos los demás. Una buena Comunión debería ser suficiente para hacernos santos. Nos aproximaremos a ella de una forma correcta si creemos que somos poco merecedores de recibir a Cristo y, al mismo tiempo, hacemos todo lo que está en nuestras manos para llegar a merecerlo.

Es un defecto de quienes comulgan a menudo el no prepararse lo suficiente. Estas almas, insensibles al mayor de todos los dones, tienen muchas razones para temer, porque no reaccionan al peligro del estado de tibieza en el que viven.



«¿Qué pensaríamos de unas personas que conversaran con Jesucristo a menudo, que comieran todos los días sentadas a su mesa y que no fueran mejores cada día? ¿Les quedaría alguna esperanza de curarse a los enfermos a quienes Jesucristo no sanara cuando le fueran presentados?».

Debemos acercarnos a la Comunión con humildad, con hambre espiritual, que es signo de que necesitamos su alimento celestial; con pureza de corazón; y con amor a Jesucristo o, al menos, con el deseo de amarle y de cumplir su voluntad.

Pero el método más útil para comulgar bien es practicar la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, pues toda preparación debe ir acompañada de una reflexión honda sobre las cualidades admirables del alimento divino que vamos a recibir. En lugar de ocuparnos en recitar oraciones, tenemos que aprovechar la mayor parte del tiempo que precede, acompaña y sigue a la Comunión para hacer **actos internos**, principalmente **actos de amor a Dios**, que deberían tener el efecto de aumentar el amor de Dios en nuestros corazones. Nuestro Salvador viene a nosotros para unirnos más a Él; nos abre su Corazón, nos lo entrega... ¿vamos a negarle el nuestro?

En las visitas al Santísimo

Jesucristo se ha quedado en la Eucaristía para estar continuamente con nosotros, y no hay nada que gane más su Corazón que las visitas frecuentes y la adoración. Es entonces cuando suele distribuir sus gracias con más abundancia, y la gracia más habitual es la de darnos su amor, especialmente cuando hacemos las visitas en aquellas horas del día en que apenas nadie está con Él. Recordemos la predicción que hizo el Salvador sobre los últimos tiempos: “*Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará fe sobre la Tierra?*” (Lc 18, 8). Pues, si nuestra fe no se ha extinguido, ¿no resulta muy sorprendente que creamos en la presencia real de Jesucristo en el altar y que, sin embargo, le tratemos con indiferencia?

«¿Por qué permanece Jesús día y noche tan humildemente en el sagrario, si no es porque su mayor delirio es estar con los hijos de los hombres? “No sufráis, mis pequeños —nos dijo—, no os dejaré huérfanos. Ascenderé a los Cielos, pero al mismo tiempo me quedaré con vosotros en la Tierra. Sois débiles, estáis enfermos y cansados. A menudo estaréis tristes, temeréis mis decisiones, tendréis miedo de la ira y de la justicia de mi Padre, pero encontraréis en el Santísimo Sacramento un Padre que os consolará, un médico que os sanará, un guía que os mantendrá sanos y salvos, un maestro que resolverá todas vuestras dudas, un alimento celestial que os dará nueva fuerza, un redentor y un salvador”».

Durante nuestras visitas al Sagrado Corazón tenemos que meditar mucho y hablar poco. Un silencio lleno de amor y de adoración es mucho más agradable a Jesucristo que un gran número de oraciones dichas de forma apresurada y con poca atención.

¿Se necesita sacrificar tanto tiempo para visitar a Nuestro Señor con un poco más de frecuencia? ¡No! Bastaría dedicarle algún minuto. Es un deber no sólo de gratitud, sino de honor: si ha muerto precisamente por ti y se ha encerrado contigo en este mundo, ¿no le debes nada?



En la oración

La oración es un arma muy poderosa que Dios ha dejado en manos de los cristianos. No hay ningún medio más eficaz que la oración para conseguir el amor a Jesucristo, ni tampoco ninguno más fácil. No obstante, nos olvidamos.

La razón por la que conseguimos tan poco de Dios es porque le pedimos muy poco o porque poco confiamos en nuestras oraciones. Pidámosle a todas horas su amor puro, ardiente, generoso y perfecto. Podemos estar seguros de que nos escuchará, pues Jesucristo nos ha prometido no rechazar nada de lo que le pidamos y no faltará a su promesa: *“Pedid y se os dará”*. (Mt 7,7)

Nosotros no sabemos muchas veces lo que pedimos, pero ofenderíamos a Jesucristo, si pidiéndole su amor, dudásemos de que va a escucharnos, sobre todo si se lo pedimos con sinceridad y con verdadera fuerza. *“Dame, Señor, solo tu amor y tu gracia, que sólo eso me basta para ser feliz”*.

Culto de consagración

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús nos lleva a ofrecer nuestro corazón con todos sus sentimientos al Señor, a fin de que se conforme al Suyo. Nos entregamos a Su Corazón por completo y con amor indiviso: es todo Suyo, no hay lugar para ninguna criatura.

Nos comprometemos a vivir sólo para Aquél que nos amó hasta el extremo de dar la vida por cada uno de nosotros. A partir de ahora nuestro divino Redentor es también nuestro Padre, nuestro Amigo, nuestro Maestro y, en fin, todo.

Pero para poder realizar una verdadera entrega del propio ser, hay que pedirle la gracia al amable Jesús de alcanzar el perfecto olvido de nosotros mismos, le pediremos que nos conceda también una profunda humildad, pues es la virtud que más Le agrada y nos ayuda a cumplir en todo momento Su santa voluntad, hasta la eternidad.

Nos sometemos totalmente a Su influjo para que haga de nosotros lo que quiera. Abrazados por Su amor, ofrecemos al Sagrado Corazón todos los méritos y los frutos de todas las Misas, oraciones, mortificaciones, prácticas de piedad, acciones de celo, de humildad, de obediencia y de todas las demás virtudes que practiquemos hasta el último momento de nuestra vida: le rogamos humildemente que acepte la completa donación que hacemos de todo para que lo disponga del modo que más le agrade y en favor de quien le parezca.

Sólo Él puede hacer de nuestra vida un sacrificio agradable al Padre. Por ello, nuestra vida, acciones, trabajos y sufrimientos quedan consagrados a Su gloria. Esta consagración, evitará que caigamos en la desdicha de vivir ignorando Su amor y haciendo oídos sordos a todas las secretas lecciones que día tras día quiere darnos para nuestro bien, para nuestra santificación. Entremos, pues, a su Divino Corazón, para vivir y morir en Él en compañía de sus siervos más fieles.



Culto de imitación

El verdadero amor lleva a la identificación con la persona amada. Es por eso que uno de los efectos principales de esta devoción es la conversión de nuestra vida interior y exterior en una expresión viva de la vida de Jesucristo. Y para que la imitación sea perfecta es necesaria una profunda humildad, un control de nuestra mente, una dependencia completa de Él y un gran amor a la Cruz.

La mansedumbre es una virtud que destaca en el carácter del divino Redentor y que, además, en sí misma contiene muchas otras. Uno de los deseos del divino Maestro es que la alcancemos mediante la mortificación y la humildad de corazón, librando nuestro corazón del dominio de las pasiones y, especialmente, del amor propio.

El verdadero amor por Jesucristo nos despoja de todas las ataduras y nos da esa santa indiferencia que hace que todo nos resulte igualmente placentero: solo desear aquello que es voluntad de Dios.

«No nos preocupamos por cómo Dios desea valerse de nosotros, si será en algo de mucha importancia o si resultará ser algo trivial o desagradable. El éxito y el fracaso serán igualmente bienvenidos, porque, deseando solamente aquello que Dios desea que pase, estaremos contentos con todo lo que ocurra. Quienes están atados a sus ocupaciones, a su lugar de residencia, a su propia comodidad o a cualquier otra cosa, no pueden servir a Dios con esta libertad de espíritu, porque son esclavos de su propia voluntad».

Si alguien no vive con atracción por la voluntad del Señor, es porque su amor por Cristo es débil. ¿Cómo se puede decir que se le ama verdaderamente a Jesucristo si no se siente ninguna inclinación por hacer lo que Él desea? Todos nuestros esfuerzos y nuestras apetencias deben estar relacionados con **lo que Dios quiere, cuando Él quiere y como Él quiere**. Sin eso, el yugo de Jesucristo nos parecerá duro y pesado.

Cuando amemos de corazón a nuestro Salvador sentiremos respeto por todo lo que Él aprecia y rechazaremos todo aquello que le desagrada o le ofende. Y así, brotará también un amor extraordinario a la Cruz. En cambio, para los tibios y pecadores, los ejercicios de piedad resultan desagradables y la sola mención de la humillación y la Cruz les asusta.

«Muchos huyen de la Cruz bajo el espejismo de que pueden dar más gloria a Dios consiguiendo grandes logros y siendo útiles a su prójimo. No ven que eso procede del amor propio y no del amor a Cristo. Hemos de servir a Dios cumpliendo su voluntad, no la nuestra. Su amor debe inspirarnos sentimientos en conformidad con los suyos. Jesucristo tenía un amor extremo a la Cruz. No podemos evitar amar la Cruz, si amamos de verdad a Jesucristo».



† Día 07 - Prácticas de Preparación †

- 1) **Ponerse en la presencia de Dios.**
- 2) **Pedir la gracia** de participar de la Santa Misa sabiéndonos presentes en el Calvario.
- 3) **Lectura:** De los *Escritos de san Claudio de la Colombière*.

«...Pero cuando celebro la Santa Misa, o ayudo en la celebración, cuando ofrezco el adorable Sacrificio como ministro de Dios o como miembro de la Iglesia, puedo, lleno de confianza y valor, Dios mío, retar al Cielo a hacer lo que más me plazca. Así, sin estar aterrorizado ni por el número ni por la enormidad de mis crímenes, me atrevo a pedirte perdón por ellos, sin dudar de que me lo concederás de la forma más perfecta que pueda desear. No importa lo enormes que sean mis deseos, no importa lo grandes que sean mis esperanzas, no se me plantean dificultades a la hora de pedir todo aquello que pueda satisfacerlos. Pido gracias enormes, todo tipo de gracias, para mí mismo, para mis amigos y para mis peores enemigos. Y, en lugar de avergonzarme de mis peticiones o de desconfiar de no recibir tantas cosas a la vez, encuentro que pido poco en comparación con lo que ofrezco: incluso creo que cometo un delito con esta víctima viva pidiendo infinitamente menos de lo que merece.

No le temo a nada tanto como a no esperar firmemente y con perseverancia todo aquello que he pedido, y cosas mayores, si es posible, que todo lo que he pedido. ¡Dios quiera que lleguemos a conocer el valor del tesoro que tenemos en nuestras manos! ¡Bienaventurados mil veces quienes saben aprovecharse del mayor de sus tesoros! ¡Qué fuente de bendiciones encontramos en este adorable Sacrificio, digno de toda alabanza! ¡Qué gracias, qué favores, qué riqueza temporal y eterna para el cuerpo, para el alma, para esta vida, para la eternidad! Pero debemos admitir la verdad: ni siquiera pensamos en hacer uso de nuestras riquezas, ni siquiera nos dignamos poner la mano en el tesoro que Jesucristo nos ha dejado.

Tenemos a nuestra disposición un remedio para todos los males, un árbol de la vida, que nos puede dar no solo salud sino incluso la inmortalidad. ¡Sin embargo, estamos aquejados por mil enfermedades! Cuando asistes a Misa, si quieres beneficiarte de ella, obtendrías para ti lo que habrías recibido en el Calvario, si hubieras estado presente. Si hubieras estado en el Calvario, no se te habría negado el perdón de tus pecados. El efecto de la Santa Misa es el mismo. Jesucristo se pone en nuestras manos como una víctima de valor infinito para obtener de Dios todo aquello que podamos necesitar, no importa lo grande o valioso que sea. En el Sacrificio de la Misa, Jesús no solo se hace nuestro intercesor ante el Padre Eterno para pedir por sus méritos todo lo que nosotros deseamos, sino que ofrece su Sangre y sus méritos en pago por todo lo que pedimos. ¿Qué puedes desear, por muy grande que sea, que tenga tanto valor que lo que presentas para recibirlo? (...) La gente asegura que desea corregir sus propios fallos y los de los demás. Sin embargo, no hace ni una cosa ni la otra. ¿Has pedido en la Misa eso que necesitas? ¿Cuántas veces pides por una intención determinada? ¿Cómo se puede creer que Dios va a rechazar algo tan pequeño pagado a un precio tan grande, que les va a dar tan poco valor a la Sangre y la vida de su Hijo, que no va a pensar que se merece esa gracia, esa



virtud, ese bien temporal o ese favor espiritual que deseas para ti mismo o para otra persona, si eso te conduce a la salvación?”

“¿Dices que no sabes qué hacer durante la Santa Misa! ¿Nunca has ofendido a Dios? ¿No le ofendes todos los días y a todas horas? Reflexiona durante la Misa en todas las faltas de las que eres culpable desde la celebración anterior. Pide perdón a Jesús. ¿No tienes nada que pedirle? Nos pasamos todo el día quejándonos de nuestros parientes, de nuestros amigos, de los hijos... Pídele a Dios que haga más razonable a ese enemigo, más modesta a esta hija, a este marido menos temperamental, pídele que cambie el corazón de este hijo; pídele más humildad, más paciencia, más coraje y más fervor para rogar por tu salvación, y pídele en especial el amor de Dios. Y para obtener todos estos dones, ofrécele la ofrenda de Jesucristo en el altar. No puede ser que nos rechace, porque lo que ofrecemos es infinitamente más valioso que lo que pedimos».

Propósito del día: (a realizar en la medida de las posibilidades) Hagamos el propósito de llegar unos minutos antes en la próxima Misa que participemos, para prepararnos bien.

Jaculatoria del día: (para repetir durante el día) **¡Sagrado Corazón de Jesús, inflama nuestro corazón de tu amor!**

Letanías para Consolar al Sagrado Corazón: (se pueden elegir siete letanías del total, de la página siguiente).



Letanías para Consolar al Sagrado Corazón (se pueden elegir siete del total)

Recitadas [[Youtube](#)] [[SoundCloud](#)] - Cantadas [[Youtube](#)] [[SoundCloud](#)]

Señor, ten piedad de nosotros,
Señor, ten piedad de nosotros.
Cristo, ten piedad de nosotros,
Cristo, ten piedad de nosotros.
Señor, ten piedad de nosotros,
Señor, ten piedad de nosotros.
Cristo, óyenos,
Cristo, óyenos.
Cristo, escúchanos,
Cristo, escúchanos.
Dios, Padre Celestial,
ten misericordia de nosotros.

Dios, Hijo, Redentor del mundo,
ten misericordia de nosotros.
Dios, Espíritu Santo,
ten misericordia de nosotros.
Trinidad Santa, Un Solo Dios
ten misericordia de nosotros.
Santa María, Nuestra Madre y Madre de Jesús,
ruega por nosotros.
Santa María, Madre del Consuelo,
ruega por nosotros.
Corazón Inmaculado de María,
ruega por nosotros.

Después de cada invocación, decir: - *Te consolaremos, ¡Oh Señor!*

día 07	Por el olvido y la ingratitud de la humanidad, Por tu abandono propio en Tu Tabernáculo Por los crímenes de pecadores, Por el odio de los no religiosos Por las blasfemias contra Ti, Por las calumnias a Tu Divinidad, Por los sacrilegios con los cuales Tu Sacramento de Amor es profanado,
día 08	Por la inmodestia e irreverencia mostrada en Tu Adorable Presencia, Por los desengaños de los cuales Tu eres la víctima, Por la frialdad del número mayor de Tus hijos, Por el desprecio ofrecido en tus avances amorosos, Por las infidelidades de aquellos que se llaman tus amigos, Por el abuso de Tu gracia Por nuestra propia falta de fe,
día 09	Por la dureza de nuestros corazones, Por nuestra gran demora en amarte, Por nuestra tibieza en tu Santo servicio Por la amarga tristeza que Te sumerge la pérdida de almas, Por Tu larga espera frente a las puertas de nuestros corazones, Por Tus lágrimas de amor, Por Tu encarcelamiento por amor, Por Tu martirio de amor,

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo,- *Sálvanos, Oh Señor.*
Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo,- *Escúchanos, Oh Señor.*
Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo,- *ten piedad de nosotros.*

Oración: Oh Salvador Divino Jesucristo, Quien respiró de Su Corazón esta queja penosa: "Busqué a aquellos que Me consolarían y no encontré a ninguno", acepta este pequeño tributo de nuestros consuelos, y ayúdanos poderosamente con Tu Gracia. En el futuro, volando más y más lejos de todo lo que Te desagrada, mostrémonos ser, en todo y para siempre, Tus fieles y devotos guardias de honor. Te pedimos esto a través de tu Sagrado Corazón, Oh Jesús, Quien, como Dios, vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo por y para siempre. **Amén**